

Los valores morales y la sociedad española

VICENTE ENRIQUE Y TARANCÓN *

INTRODUCCIÓN

I La permisividad en el orden moral es, según se repite comúnmente, la característica más llamativa y sorprendente de la sociedad española actual.

Los sociólogos y moralistas están de acuerdo en que se ha producido en nuestra sociedad, con una rapidez asombrosa, un «vacío moral» que se manifiesta claramente en los aspectos principales de la convivencia social:

- en la manera de concebir y de realizar la actividad política;
- en los procedimientos que se han hecho «normales» para conquistar el poder económico;
- en la ruptura de nuestra larga tradición matrimonial y familiar;
- en las nuevas costumbres públicas que se van afianzando cada día más en nuestras ciudades y hasta en los pueblos más pequeños;
- en el positivo desprecio a «la escala de valores» que estaba en vigencia hasta hace poco;
- en el llamado «pasotismo» de la mayor parte de la juventud que anda sin rumbo con un olvido total de los «valores tradicionales».

Y es evidente que ese vacío moral no ha desencadenado la reacción que parecía lógica —casi obligada— en una sociedad que tenía fama de «rigorista». Ha dado paso precisamente a *esa permisividad* que ya va considerándose como una exigencia del régimen democrático —el régimen de las libertades— y de la nueva cultura secular que se está imponiendo en Occidente.

Este hecho, reconocido mayoritariamente, debe hacernos reflexionar a todas las personas responsables.

Es indispensable, ante todo, descubrir las causas y los efectos de esa realidad que es preocupante para asegurar la consistencia de la sociedad futura. Porque si queremos preparar una sociedad plenamente humana habremos de encontrar unos «valores morales» básicos que puedan ser reconocidos y admitidos socialmente y que no estén, por lo tanto, a merced de los poderosos de turno.

¿Es posible conseguir este objetivo cuando todavía estamos zarrandados por esa «revolución global» que se ha producido en el mundo y que ha provocado una auténtica convulsión en la sociedad española? ¿Es posible lograr una «aproximación» a este tema fundamental que abra horizontes para estudios futuros?

Éste va a ser mi intento, con la brevedad que exige un artículo,

* Burriana (Castellón), 1907.
Cardenal-Arzbispo emérito de Madrid.

al reflexionar sobre el tema que me han indicado: «Los Valores Morales en la Sociedad Española».

2. No puedo despojarme de mi condición de creyente y de obispo al reflexionar sobre este problema que tiene una importancia vital en el cristianismo. Aparecerán, aunque no lo intente, mis convicciones profundamente cristianas y mis preocupaciones pastorales al valorar los hechos y al intentar abrir caminos mirando al futuro.

Pero quiero advertir, ya desde el principio, que pretendo razonar más como humanista que como obispo. Soy consciente de que existe en la base de este desconcierto moral un fondo «revanchista» contra la exclusividad de una moral determinada —la católica— que la Iglesia había presentado durante siglos como obligatoria para todos, y que había pretendido imponerla, no pocas veces, a través de las leyes civiles.

Comprendo que un razonamiento directamente cristiano podría producir recelos en algunos; y yo pretendo dirigirme a todos los españoles: creyentes y agnósticos. No creo que sea el momento de volver al pasado —de añorar situaciones superadas— sino de preparar el porvenir, con el consentimiento y la colaboración de todos. Aunque me parece lógico que indique también cuál debe ser la actitud y la actuación de la Iglesia en la solución de este problema que interesa a nuestra comunidad nacional.

3. Cuando se habla y se escribe del cambio que se ha producido en España en los últimos años, suele subrayarse especialmente —casi en exclusiva, por algunos— la *transformación política* por la que hemos pasado de un régimen personal, afirmado y legitimado durante cuarenta años en nombre de una victoria militar, a un régimen democrático.

No puede negarse que este «cambio» ha sido importante. No tengo inconveniente en calificarlo incluso de trascendental teniendo en cuenta, sobre todo, la forma de la transición —serena y pacífica— que nadie podía imaginar.

Pero, ¿se tienen en cuenta suficientemente otras crisis, a mi juicio mucho más intensas, que han incidido, condicionándolo profundamente, en el cambio, que ha tenido como consecuencia una auténtica convulsión social?

La *nueva cultura* —secular, científica, técnica— que, arrancando de los tiempos de la Ilustración, adquirió una fuerza extraordinaria en Europa en el siglo pasado, potenciada por el marxismo, al que algunos han llamado la segunda ilustración, ha irrumpido en nuestra sociedad «tardíamente»; cuando ya estaba asumida por las otras naciones europeas, tras un proceso largo de aclimatación y depuración. No es extraño que produjese entre nosotros un terremoto, al no poderla asimilar racional y prudentemente, por la misma rapidez y profundidad con que se presentó. Prácticamente arrasó, podríamos decir, las expresiones históricas —culturales, sociales, incluso religiosas— que nos eran tradicionales, sin que nos diese tiempo a sustituirlas con un *mínimum* de garantía.

La *renovación conciliar*, que «cuestionaba» —al menos, en parte— nuestra manera de vivir familiar y socialmente nuestra fe reli-

LA TRANSFORMACIÓN DE NUESTRA SOCIEDAD

giosa que, por una tradición de siglos, era *consustancial* & nuestra vida social, ha desconcertado a muchos —católicos practicantes y hasta indiferentes— que aceptaban, aunque pasivamente algunos, los postulados de la moral como base indiscutible de la vida individual, familiar y social. Ahora son bastantes, incluso entre los cristianos, los que rechazan que la Iglesia pretenda imponer autoritariamente su «praxis» moral, que les parece un tanto desfasada porque no se acomoda a las nuevas formas de pensamiento y de vida que imperan en el mundo moderno.

El *sentimiento patriótico* de nuestro pueblo, que había interpretado religiosamente su vida y su historia y que había hecho del catolicismo una de las características fundamentales de su *identidad nacional*, debe «reorientarse» ahora rápidamente a la luz de otros principios —los que está imponiendo la modernidad, o la posmodernidad, como quieren otros— que no habíamos cultivado hasta hoy. Ha de buscarse rápidamente la «nueva identidad» en función de las nuevas creaciones culturales y morales que se imponen inexorablemente. Tarea complicada y extremadamente difícil que ha de provocar también una profunda confusión.

Si a esto se añade que el mismo Concilio, al proclamar la autonomía y hasta la independencia del orden temporal y de la sociedad civil, parece indicar que la «convivencia» no debe estar inspirada y regulada por principios religiosos, no es extraño que se produzcan problemas serios de conciencia, profundas crisis de fe y una actitud de recelo ante lo que pueda recordar al Estado confesional.

4. Como consecuencia de esta serie de causas la sociedad española se encuentra, me atrevería a decir, agitada convulsivamente por la que el Concilio ha llamado la «revolución global» que se ha producido en la humanidad. Las nuevas corrientes mundiales han socavado los cimientos de nuestra convivencia social, profundamente católica durante siglos.

No es extraño que, de momento, sean la confusión y el desconcierto los que caractericen el momento vital de nuestro pueblo, que ha de ir abriéndose a unas nuevas formas de existencia y de vida con enormes dificultades: con «dolores de parto», me atrevería a decir, porque sus dirigentes —sacerdotes, intelectuales, políticos, pedagogos— no la habíamos preparado adecuadamente para este momento de crisis.

En el tema que tratamos ahora se ha arrumbado —se considera ya obsoleta e inservible— la moral católica, que ha sido durante siglos el fundamento firme de la conducta individual y de las instituciones sociales, sin que hayamos encontrado todavía —no sé si lo hemos procurado con seriedad e inteligencia— la «nueva moral» que pueda servir de base a nuestra convivencia social, que, al independizarse del contenido religioso, no ha encontrado todavía su fundamento «humano».

¿Puede extrañar a nadie que la permisividad en el orden moral sea la característica más llamativa y sorprendente de la sociedad española actual cuando, o no están claros los fundamentos morales de la sociedad secular en la conciencia de muchos españoles, o no nos atrevemos a proclamarlos y defenderlos públicamente, los que estamos convencidos de su vigencia actual, por miedo a ser tildados de «antiprogresistas»; incluso de «retrógrados»?

**UNA CARENCIA
IMPORTANTE
EN EL
DESARROLLO**

5. La sociedad española ha entrado en la corriente mundial del progreso y del desarrollo. Es evidente que se ha conseguido una transformación económica y política que se podría calificar de extraordinaria. En algunos aspectos ha sido espectacular.

Hemos dado pasos muy importantes en el desarrollo democrático. Algunos afirman rotundamente que se ha logrado ya la consolidación de la democracia, a pesar de que no estábamos preparados para ella ni teníamos una mínima experiencia de la misma.

No tengo ningún inconveniente en admitirlo, aunque no creo que hayamos asumido plenamente el «espíritu democrático». Un hábito de cuarenta años marca a los hombres y a los pueblos y no se vence con facilidad y rapidez.

Lo cierto es que todos nos profesamos demócratas y todos exigimos a los demás que utilicen medios democráticos, si bien hemos de reconocer que la praxis de años anteriores nos traiciona muchas veces a todos: dirigentes y dirigidos.

Se ha producido también un desarrollo económico muy notable. Si bien es verdad que son muchos los que se quejan, con razón, de que no hemos sido capaces de conseguir que fuesen disminuyendo progresivamente las desigualdades injustas que existen todavía —no sé si no se van agrandando como consecuencia del mismo desarrollo—, con lo que el abismo entre los que poseen la mayor parte de los bienes y los que han de seguir viviendo con excesivas estrecheces se hace cada día mayor, como ha reconocido alguna Institución Internacional.

No se puede negar, sin embargo, que la «demanda interior» de bienes va creciendo, porque se ha apoderado de casi todos un afán consumista casi insaciable; que estamos rodeados de mayores comodidades que nunca; y que, en general, ha subido el nivel de vida en casi todos los sectores de nuestra sociedad.

6. Es evidente, sin embargo, que en esos dos campos en que se ha producido un evidente desarrollo —el político y el económico— se detectan unos fallos bastante generalizados que menguan su eficacia y que obedecen a un factor común que no se ha tenido suficientemente en cuenta.

No asumimos fácilmente las *responsabilidades* que entraña la auténtica democracia, ni se ha desarrollado el sentimiento de *solidaridad* que debe estar en la base de una verdadera democracia y que debe promover la equidad y la justicia en el reparto de los bienes materiales que van creciendo indudablemente.

La explicación está, a mi juicio, en que el desarrollo económico-político no ha ido acompañado de *un desarrollo ético o moral* que, si somos sinceros, habremos de confesar que, no solamente no se ha producido, sino que ni siquiera nos ha preocupado seriamente a los dirigentes, tanto a los políticos y economistas, como a los mismos dirigentes religiosos.

Por eso creo que la gran tarea en los momentos actuales es la de buscar afanosamente la «escala de valores» que está reclamando la nueva situación del pueblo español y que sustituya eficazmente a la que hasta ahora orientaba nuestra vida familiar y social.

Es evidente que el desarrollo actual de nuestra sociedad está exigiendo unas *actitudes*, unas pautas de conducta y unas *decisiones* fundamentadas en valores morales que puedan conseguir la armo-

nía, la solidaridad y la convivencia en paz de todos los españoles. Valores morales que habremos de encontrar entre todos, cualquiera que sea nuestra ideología o nuestro credo.

Yo creo sinceramente que los valores que había aceptado la cultura occidental y que estaban en vigor en Europa, continúan teniendo actualidad en nuestros días. Se fundan en la misma personalidad racional del hombre.

Creo también, al propio tiempo, que al cambiar profundamente las circunstancias del mundo y la misma psicología del hombre, y cuando la sociedad subraya su independencia de todo factor religioso, es indispensable *actualizar*, por una parte los grandes principios morales adaptándose a la nueva coyuntura histórica y encontrar una *moral cívica* que puedan admitir todos y que sea el fundamento de la convivencia en paz.

Ahora, particularmente, cuando el desmoronamiento del «muro de Berlín» está favoreciendo, casi exigiendo, el cruce de dos culturas y de dos maneras distintas de vivir y actuar —tanto política como socialmente— tenemos todos el deber de buscar la unidad de Europa en todos los órdenes. Unidad que sería imposible sin un «consenso» en los valores morales básicos de esa nueva Europa que se está fraguando.

Comprendo que algunos estén recordando ahora las «raíces cristianas» de Europa y crean que esa unidad deba conseguirse a base del cristianismo. Quizá sí, pero no de la forma en que muchos lo proclaman alegremente.

La realidad de la Europa cristiana que, no lo olvidemos, inspiró el «régimen de cristianidad», y que propició la grandeza de Europa, no puede reconstruirse plenamente ahora porque los aires de la cultura y de la ciencia no van por ese camino. El cristianismo no puede ser ahora la «autoridad sagrada» que se imponga, sino la «levadura» que preste a la sociedad sus grandes valores sin asumir una primacía en el orden político y social que no le corresponde.

EL DEBATE ÉTICO

No es fácil poner un poco de seriedad en el debate ético o moral que está planteado actualmente. Creo que la discusión, más bien frívola, de los problemas morales en los medios de comunicación social, no favorece la serenidad que es indispensable en un tema de tanta importancia y que exige en los dialogantes una formación adecuada.

Algunos de los científicos que han merecido el reconocimiento mundial, por haber conseguido avances prodigiosos en todos los campos —muchos de los que han recibido el «Premio Nobel», de indudable prestigio—, han reconocido públicamente que con los progresos científicos y técnicos no se ha conseguido que los hombres sean mejores y que la solidaridad y la paz estén aseguradas en los pueblos.

Y son bastantes, entre los dirigentes de los pueblos, los que proclaman la necesidad de un «rearme moral» sin el que los mismos adelantos científicos y técnicos podrían convertirse en enemigos de la humanidad.

Creo sinceramente que se impone un debate ético en el que los profesionales de las ciencias humanas aporten sus puntos de vista para llegar a un «consenso» que es indispensable para crear lo que

podríamos llamar «la conciencia social» que humanizase plenamente la vida actual de los pueblos y, definitivamente, de la humanidad. La Iglesia, como diré después, debe tener su parte en este debate. «Alpensamiento cristiano —como ha afirmado un filósofo eminente— no le faltan recursos para intervenir en el debate ético actual». Incluso me atrevería a decir que su aportación es indispensable. No se puede olvidar, como afirmó Pablo VI ante la ONU, que «la Iglesia es experta en humanidad».

Pero la aportación de intelectuales, científicos, sociólogos, profesores de ética, expertos en relaciones humanas, es también necesaria. Tan sólo con la aportación de todos podrá conseguirse ese «patrimonio moral» de la humanidad que estamos necesitando para fortalecer esa nueva civilización que se consolidará, sin duda, en el tercer milenio.

Este debate ético debería realizarse en dos planos distintos. En un clima científico o universitario sería de desear que se programasen «foros de diálogo» en los que interviniesen todos los técnicos en la materia: filósofos, profesionales de las ciencias humanas, teólogos, científicos e intelectuales de todas las tendencias. Los diálogos entre cristianos y marxistas que se han realizado en años anteriores no fueron inútiles. Estimo que en este campo de la ética podrían llegar, sin excesivas dificultades, a un consenso fundamental.

Sería necesario, además, que en los «medios de masas» apareciesen también criterios y opiniones de «especialistas» para ir creando una *conciencia social*; al menos, sobre la necesidad de encontrar el *fundamento moral* que necesitamos con urgencia.

No sólo en el extranjero, sino también en España, se han celebrado algunos «Seminarios» o «Mesas redondas» sobre este tema, y, a mi juicio, por la participación que he tenido en alguno de ellos, no han sido inútiles. También algunos profesores de moral están planteando en sus escritos este debate con un deseo sincero de encontrar caminos de consenso; aunque ciertos grupos de cristianos no acepten este planteamiento —lo reconozco— por considerar que lo urgente en estos momentos es «restaurar» los valores morales de antaño.

Esto nos demuestra que son muchos, entre los profesionales de las ciencias humanas y los responsables en la sociedad y en la Iglesia, los que sienten la necesidad de un diálogo, sereno y profundo a la vez, que sea capaz de «revalorizar», por una parte, los valores morales que había asumido ya la humanidad y que continúan teniendo vigencia, aunque hayan de ser presentados, algunos de ellos, de manera diferente; y de encontrar, por otra, la respuesta a las nuevas cuestiones que en los campos de la economía, de la genética, de la vida familiar y social se están presentando actualmente.

Si la Iglesia —lo ha dicho abiertamente el actual Pontífice— está reconociendo que es indispensable una *nueva evangelización* de Europa y del mundo, y él mismo recordó a los teólogos españoles que no podían contentarse con «repetir» lo que siempre habían enseñado, es evidente que en el orden moral, que ha de tener más en cuenta las circunstancias individuales, familiares y sociales, y que está más condicionado por los progresos de la ciencia y por los cambios culturales, ha de resultar especialmente necesario y urgente un nue-

vo planteamiento. También en este aspecto hemos de ser «creativos», como exigía el Papa a los teólogos.

Los filósofos, los científicos, los sociólogos, los que profesan las ciencias humanas, han de sentir con mayor fuerza esa necesidad de un nuevo planteamiento moral, que debe estudiarse serenamente en este debate ético a que me estoy refiriendo.

Creo que, en general, es común hoy la convicción —también entre los pensadores cristianos— de que la aplicación de los principios morales que podríamos llamar «eternos» debe acomodarse a las exigencias del momento actual; y que en esta aplicación han de influir otros factores además de los religiosos. Estamos viviendo en un clima de increencia, también en España —lo han afirmado muchos teólogos eminentes—, y hemos de encontrar la «escala de valores» adecuada para que pueda ser asumida por los que no se guían ya por principios religiosos en su vida familiar y social.

LA INTERVENCIÓN DE LA IGLESIA

La Iglesia debe intervenir en este debate por exigencia de su propia naturaleza y porque puede prestar un servicio extraordinario a la sociedad. Ella tiene el deber de *reconciliar* la conciencia moderna con la conciencia cristiana, sin «prejuicios», es verdad, y también sin dogmatismos. Ella puede ser también la *instancia crítica* más fiable y más eficaz para evitar el desbarajuste que la permisividad a ultranza está produciendo.

Será indispensable para ello que, siguiendo las orientaciones conciliares, mantenga firme su «apertura» al mundo y a las nuevas realidades culturales y científicas; que no pida una presencia «privilegiada», y que reconozca humildemente que tampoco ella tiene *todas las respuestas* para los problemas nuevos, que deben estudiarse con seriedad, teniendo en cuenta los últimos hallazgos de las ciencias y los progresos del «humanismo moderno» que, aun con exceso, explicables, quiere hacer del hombre el centro de toda la vida social.

La Iglesia que, como todas las sociedades integradas por hombres, tiene una historia en la que se entrecruzan las luces y las sombras, los aciertos y los errores, aunque nosotros los cristianos creemos firmemente que esos mismos errores son aprovechados por la Providencia para bien de la humanidad —es lo que afirmaba con su habitual gracejo nuestra Santa Teresa cuando decía que «Dios escribe recto con renglones torcidos»—, ha aportado en este campo moral testimonios maravillosos que le conceden, aun humanamente, una autoridad y hasta un prestigio que razonablemente nadie puede ignorar; menos, despreciar.

Ahora mismo, el testimonio de la Madre Teresa de Calcuta, en el orden mundial; el de CARITAS y MANOS UNIDAS, en el plano nacional, están llamando la atención de todos sobre *la primacía de los valores morales* para la pacífica convivencia entre los hombres. La dedicación de tantos cristianos, especialmente de los religiosos y religiosas, a los «marginados» de la sociedad de consumo: a los enfermos del SIDA, a los drogadicictos, a los minusválidos —y muchas veces sin ayudas oficiales— y su presteza para servir a los más necesitados, son un ejemplo para cuantos se dejan llevar por un «con-sumismo» exacerbado.

Y ese testimonio *escatológico* que dan tantas personas consagradas es el que da su verdadero significado y su auténtica fuerza al orden moral que fácilmente es olvidado en la práctica por los poderosos de la tierra, aunque lo confiesen verbalmente. Tan sólo una *razón superior* puede dar su total consistencia a esos valores que exigirán más de una vez el sacrificio de nuestra comodidad o de nuestros intereses personales.

El hecho que estamos contemplando en muchas partes, en el que se hace compatible la proclamación solemne de los derechos del hombre y de la dignidad de la persona mientras se conculcan sádicamente por razones de convivencia, que se esconden tras palabras grandilocuentes como «los intereses de Estado», nos lo confirman plenamente.

La intervención de la Iglesia en este debate, no sólo está plenamente justificada. Creo sinceramente que sin ella es muy difícil, prácticamente imposible, el consenso sobre esos valores fundamentales de orden moral que deben estar en la base de la convivencia humana.

El «rearme moral» es una necesidad ineludible. El desarrollo económico y el progreso en todos los aspectos de la vida no harán mejores a los hombres ni conseguirán la armonía y la paz entre los pueblos si no se basan en unos fundamentos morales que puedan frenar los egoísmos y las ambiciones que brotan espontáneamente en el corazón humano.

La escala de valores que hasta ahora estaba en vigencia continúa teniendo todo su valor, aunque es lógico que se actualice según las exigencias de la nueva cultura que se está generalizando en el mundo. Lo cual exige una reflexión de parte de todos los hombres de buena voluntad.

Es indudable, además, que se están presentando problemas nuevos; y que algunos de los problemas anteriores adquieren ahora una nueva dimensión. El debate ético está justificado y debe hacerse con seriedad y con la participación de todos.

Todos tenemos el deber de colaborar —también, y de manera especial, la Iglesia— para dotar a la nueva sociedad que se está formando de una escala de valores que le proporcione su auténtica dimensión humana.

CONCLUSIÓN